

## DIENTE DE LEÓN

Yo tenía un vecino. Se había mudado hacía poco a la casa de enfrente, al otro lado de la calle. Lo veía a menudo en su ventana con la regadera, tenía espacio para varias macetas pero nunca crecía nada. De vez en cuando las macetas se cubrían de moho y eran sustituidas por otras de distintos colores y tamaños. No las veía bien, siempre he estado un poco ciega (vale, no, ahí he exagerado un poco, sólo soy un poco miope)

Nunca me fijé mucho en ello, la verdad. Hasta que un día me pregunté si a lo mejor las plantas eran un poco bajas para sobresalir de la maceta y por eso no las veía. Me entró curiosidad, entonces saqué mi móvil e hice zoom a la imagen de su ventana. No vi más que moho. Detrás del moho, tampoco vi macetas...

Vi ¡ZAPATOS! Las macetas eran zapatos. ¡ZAPATOS! ¡Por Dios! ¿Quién riega zapatos? Claro, una maceta poco sentido tenía que se pusiera mohosa, si están hechas para mantener una planta. No tuve claro cual de los dos era más tonto, el señor que regaba "Converse" o yo por no notarlo en cinco malditos meses. En mi defensa diré que el moho disimulaba un poco la forma de los zapatos...

¡Pero que narices! Enseguida fui a decírselo a mi hermana. Mi cuarto era el único con ventana a esa calle, y nos quedamos mirándole regar los zapatos. Ninguna de las dos nos atrevimos a preguntarle y él tampoco se percató de nuestra presencia.

Al día siguiente vi que había sustituido otro zapato. Era una zapatilla de andar por casa. Auguré que se llenaría de moho antes que ninguna.

De vuelta a casa del instituto vi como habían empezado a florecer dientes de león a lo largo de la carretera y mis amigos y yo empezamos a soplarlos y a pedir deseos. Vi como algunas semillas salían volando y se las llevaba el viento. Ese día hizo mucho viento.

Pasó como una semana hasta que volví a mirar por la ventana ¡Y ahí estaba! ¡Otro diente de león! ¡Creciendo! Todavía tenía los pétalos amarillos, pero sorprendentemente había crecido encima de la zapatilla de andar por casa

El señor salió a regar, y esta vez, en vez de traer la regadera, usaba un vaso y un cuentagotas. Tenía cuidado de no ahogar la flor. Se le veía feliz, incluso notaba en sus ojos un brillo de esperanza. Ese brillo en sus ojos si que lo notaba, y sin embargo me había costado meses averiguar lo de las macetas-zapato. Me sentí tonta, me reí. No sé, debía estar contagiada del ánimo del señor que había conseguido cuidar una flor en un zapato.

Él, entonces, por primera vez en todo este tiempo, se fijó en mí. Yo me quedé petrificada un momento hasta que él me saludó, me atreví a preguntarle:

- ¿Qué va a hacer con la flor?
- ¿Eh? - no me oyó, estaba al otro lado de la calle. Lo repetí un poco más alto.
- ¡¿Qué va a hacer con la flor!¿ - grité. Él me sonrió.
- Creo que voy a pedirle un deseo - dijo. Su voz era grave, animada.
- ¡Ah, claro!- me reí, era evidente de alguna manera.

A la semana siguiente floreció pero ese día también debió hacer viento. Debió ser rápido, por la noche, una ráfaga. Desnudó por completo la flor de semillas. Debió ser bonito...

En cuanto me desperté la vi: la flor desnuda. Sabía que el día anterior había estado bien y sabía que el señor se apenaría. No había podido ser él, no había podido pedir su deseo. Y tanto que se apenó Ese día yo no tenía que ir al instituto y a lo largo del día miré bastante por la ventana. No le vi encaramarse ni tirarse. Pero fui, probablemente , la primera persona en verle estrellado contra el suelo de la calle que nos estaba separando todo este tiempo. Fui la primera en llamar a la policía.

Y mientras pude ver y entender. Sabía que deseo iba a pedir. Y comprendí porque regaba los zapatos.

Sin embargo, mi hermana nunca lo entendió del todo, se enteró de lo que pasó, claro, pero ella no vio su cadáver. Y yo nunca quise explicárselo

Hasta entonces yo siempre lo había visto de cintura para arriba. Fue la primera vez que vi su cuerpo "completo". ¡Lo había tenido tan cerca..." Los zapatos; todos del pie derecho ¿cómo no me di cuenta? Detrás de la pared, la mitad que nunca vi... sin pierna derecha ¿cómo iba a saberlo?

Pero ahora lo sabía, y sabía que deseo iba a pedir, y entendí porqué regaba zapatos.

Mierda. Nunca podré olvidar eso.

**CRISTINA MANZANARES, 13 años**

1º Premio G. B.

Madrid